



# Madrid Cómico

DIRECTOR: JOSÉ DE LA LOMA

En la Fuente de la Teja, del natural, por MEDINA VERA



## SUMARIO

### TEXTO

*DE TODO UN POCO*  
por Luis Taboada.

*HABLAR CON DIOS*  
por Félix Limendoux.

*NI POR ESAS*  
por A. Sánchez Pérez.

*MARINERA*  
por Julio de Hoyos.

*VIDA ESTÉRIL*  
por Julio Poveda.

*EL DE LA RUEDA*  
por Antonio de Montalbán.

*QUISICOSAS*  
por Emilio Ordóñez.

*DESCUBRIMIENTO  
DE UN GRAN ESCRITOR*  
por Tomás Carretero.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

ANUNCIOS



### GRABADOS

*EN LA FUENTE DE LA TEJA*  
del natural, por Medina Vera.

*EL MANEJO DE LA SOMBRILLA*  
seis viñetas, por Marín.

*LO QUE NOS GUSTA*  
cuatro viñetas, por Donaz.

*EL PERRITO DE LANAS*  
historieta, por Karikato.



—Hombre, ¿tienes miedo? di.  
—¿Miedo yo? ¡Qué tontería!...  
«¡La española infantería  
es valiente... porque sí!»

15 CÉNTIMOS



¡El Manzanares desbordado! El colmo de la hipérbole; y sin embargo nada más verdadero.

Las lluvias torrenciales han turbado la paz que disfrutaba el honradísimo río, y saliendo de su cauce inundó islas, arrastró pedruscos, y llevóse en su impetuosa corriente dos enaguas y tres calzoncillos.

Este acto de virilidad ha provocado la indignación de las lavanderas, que se desataban en improperios contra el apacible arroyo.

—Pero ¿ha visto usted lo que ha pasado, señora Gregoria?—decía una —¡Mistè que salirse de madre un río tan pobretón!...

—Calle usted, hija, que está una *asustá* con las cosas que se ven hoy día. ¡Un río más seco que mi casera y venirse ahora con esos humos!...

—Pues á mi se me ha *llevao* una chambra nueva y un calcetín de Sagasta.

—¿Lava usted á Sagasta?

—Sí, señora, desde antes de que fuera *presonage* ¿No ve usted que mi esposo ha sido de *La Iberia*?

—¿De qué Iberia?

—De un periódico que hubo aquí contra Isabel Segunda.

—Pero ¿sabrá escribir?

—No señora; él lo que hacía era dar á la rueda de la máquina, tanto, que cuando hubo de *regolución* le querían nombrar concejal y él no *acetó*.

—¿Por qué?

—Porque era un infeliz y no le gustaba figurar. En cambio, al marido de mi cuñada, sólo porque había repartido *La Iberia* le hicieron *gobernaor*.

\* \*

Al Manzanares le ha sucedido lo que á esas personas apacibles que están años y años sufriendo pacientemente las bromitas de sus compañeros de café, y un día, cuando nadie lo espera, pierden los estribos y empiezan á repartir mojicones entre sus contertulios hasta ponerlos en vergonzosa fuga.

Algo semejante á esto ha ocurrido días pasados en casa de un esposo infeliz, vecino mío, hombre de carácter angelical, que estuvo en la Habana y allí se *aplatanó*. Es persona de costumbres patriarcales, que fuma con tenacillas, usa elástica en todo tiempo, se afeita solo y en verano suele salir por ahí con un sombrero de jipijapa que parece una espuerta.

El buen señor está casado con una americana de Nuevitas y tiene en casa á la suegra—una especie de foca sin domesticar—y entre las dos le dominan y le maltratan llamándole unas veces *patón* y otras *patá susia*.

—*Parese* mentira que te *haigas casao* con este *peninsulá sinvelgüensa*!—dice la madre.

—Tiene *rasón*—contesta la hija—Este no es un *mario*; es un *vigolin*. Cada día está más flaco.

—Ya se le nota á *plimela* vista.

—Y eso que no le has visto interiormente ¡Ay, qué hombre! ¡Ay, qué *flacuensia*!

El buen señor soporta resignado todas estas apreciaciones ofensivas para su físico, porque dice que quiere conservar á toda costa el orden dentro del domicilio.

Basta que él quiera comer besugo, por ejemplo, para que la esposa y la suegra se opongan abiertamente, dándole tasajo, que es uno de los comestibles que más le perjudican, pues lo come á las ocho y á las ocho y diez minutos ya lo está devolviendo hecho una bola.

—¡Chonguita, por Dios!—dice el esposo con la mayor humildad—No me pongas tasajo, pues ya sabes que no me lo tolera el estómago.

—Pues á mi y á mi mamita nos gusta muchísimo, pues somos *cubanitas* ambas á dos.

—¿Por qué no me ponéis á mi un plato aparte?

—Porque no queremos gastar el dinero en majaderías.

—¿Llamas majaderías á mi nutrición?

—No le hagas caso á ese *sinvelgüensa*—interrumpe la madre.

Si el desdichado se atreve á replicar, madre é hija se arrojan sobre él y le golpean furiosas, diciendo:

—Toma, toma *patón*, *pa* que te *acueldes*

Pues bien, el otro día nuestro vecino tuvo el antojo de comer sesos rebozados y con los mejores modales del mundo pidió á su esposa que se los sirviera.

—¿Sesos? ¡*Fesu* que *polqueria*!—exclamó la madre.

—Pues yo soy el amo de mi casa y mando que me traigan sesos—dijo el infeliz.

—¿El amo de la casa?—gritó la hija apoderándose de un zapato para darle con él al marido en la cabeza.

—¿Qué ha dicho ese hombre?—rugió la suegra, yendo en busca de la escoba—¿El amo de la casa? Ahora verás tú, *gorrión indeseante*....

Pero no pudo acabar la frase.

Al yerno se le subió de pronto toda la sangre á la cabeza y lanzando una interjección horrible se arrancó el *bisoñé* á fin de poder ejecutar fácilmente toda clase de movimientos; después cogió una silla y la agitó en el espacio; luego se lanzó sobre una sopera y la arrojó contra la pared, haciéndola cisco.

—¡Socorro, socorro!—gritó la suegra queriendo ocultarse detrás de una cómoda.

—¡*Vesinos*, que nos matan!—dijo la mujer corriendo de un lado á otro como una demente.

Entretanto el marido, echando fuego por los ojos, seguía diciendo palabrotas y derribando cuanto encontraba por delante, hasta que en el colmo de la desesperación fué adonde estaba la mamá política y cogiéndola de las enaguas la tiró por las escaleras, diciendo:

—¡Fuera de abajo!

Después cogió á la esposa, que se había ido á esconder á la despensa, y arrebatándole el zapato, le dió con él varios golpes en diferentes partes de su cuerpo, hasta quedar rendido...

Hoy la casa de mi vecino es una balsa de aceite.

LUIS TABOADA

## Hablar con Dios.

Cañas van y cañas vienen durante toda la tarde, picando una aceitunita ó una alcaparra en vinagre, charlaban alegremente sin llegar á emborracharse los cinco ó seis parroquianos más asíduos y constantes de una magnífica tienda de montañeses en Cádiz.

Como siempre que se juntan sujetos de tal empaque, la conversación giraba sobre el tema inevitable, de referir cada uno de aquellos «meridionales», las aventuras más raras y las proezas más grandes.

Tocóle aquel día el turno á hablar de alturas notables y cada cual afirmaba, dando un millón de detalles, haber subido más alto que hubiese subido nadie.

El uno, en la torre Eiffel llegó á tocar el remate, por más señas que el sombrero se le cayó con el aire, y cuando bajó, se tuvo que estar un rato aguardándole,

lo cual demuestra la altura de aquella torre gigante; el otro subió hasta el pico más superior de los Andes, y cuando ya llegó al término del larguísimo viaje, él, que subió como un cura, se vió con barbas de fraile...

Y así sucesivamente inventando disparates ninguno daba un *mentís* para el *mentís* evitarse.

—Pus tó eso que estáis ustedes contando no es comparable con lo que á mí me ha pasado yendo en globo.

—¡A ver, compadrel!

—Subí tan alto... tan alto, sin que pudiera enterarme, que llegué hasta el propio cielo, y me dijo el Santo Padre:

«Gracias por venir á verme»

—Y tú ¿qué le contestaste?

—«No hay de qué»... Pero si suerte un poquiyto más de lastre del que yevaba en el globo...

¡me paso sin saludarle!

—¡Eso ya es hablar con Dios!

—Ya lo creo. ¡Y con su madre!

FÉLIX LIMENDOUX

## Ni por esàs.

No, señor; no.

Ni aun á título de moralizador de espectáculos públicos, puede permitirse á un demócrata que abogue por el restablecimiento de la censura previa; ni *postvia*.

¡Pues no nos faltaba más que eso!

Blasco, Eusebio Blasco, mi siempre admirable y admirado colega; Eusebio, que fué compañero mío en *Gil Blas*, y que, en manera alguna, puede dejar de haberlo sido—aunque, por el mucho tiempo y los muchos hechos pasados desde entonces, lo haya él olvidado, como suelen olvidarse naturalmente las cosas desprovistas de importancia —Eusebio Blasco, vuelvo á decir, se nos viene ahora con la peregrina pretensión de que se restablezca la *censura de teatros*.

¡Parece mentira!; ¿no es cierto que parece mentira? Pues nada; es verdad.

El antiguo redactor de *Gil Blas*, pide ahora y lo pide con mucha necesidad, un censor de teatros que está haciéndonos muchísima falta para encarrilar debidamente á esos pícaros abastecedores de los teatros por horas.

Y si fuere Blasco solamente, la ocurrencia podría pasar. Cuantos lo conocemos de antiguo estamos familiarizados con sus salidas de tono; que obedecen, en la mayor parte de los casos, á impresiones de momento, á estados pasajeros de su espíritu y que no duran en él, ni ahondan en sus convicciones.

Si Blasco—adversario siempre de la censura—después de haber escrito su artículo pidiendo el nombramiento de un censor de teatros, se hubiese visto casualmente investido de atribuciones para nombrarlo... ¿qué?; pues no lo habría nombrado.

El es así, en un arranque de mal humor, en un momento en que tiene la bilis revuelta, dice esto y lo otro y parece hasta reaccionario; pero en lo hondo de su conciencia, no deja de ser liberal nunca.

Lo malo, quiero decir, lo peor del caso, es que asiendo de Blasco aparezca el Sr. Rodrigo, que, en verdad, nada tiene de lerdo; aun-

que si mucho de reaccionario (si las señales no marran) y proclame que *«se impone la censura»*.

Pues, adiós mi dinero y adiós constitución de Cánovas del Castillo, (q. e. p. d.) y que nos va á resultar á deshora un liberal póstumo de tomo y lomo.

Es verdad que el Sr. Rodrigo, siempre al amparo de las opiniones democráticas de Eusebio Blasco, intenta atenuar lo rudo de su afirmación agregándole este correctivo.

«Naturalmente no la censura ejercida por un P. Corchón v. gr., sino simplemente la censura de las *indecencias*».

¡Ay, Sr. Rodrigo de mi alma y de la suya!; ¿y quién es el guapo que señala con exactitud matemática la línea de separación entre lo decente y lo indecente?

Mire usted, parece cosa muy sencilla; pero luego, en la práctica, resultaría muy dificultosa, ¿qué digo dificultosa? absolutamente imposible.

Y admitida la censura ¿por qué no había de ejercerla el P. Corchón, ó cualquier otro padre, ó tío, ó lo que fuere?

Si ya no es que se proponía usted nombrar por sí mismo un cen-

sor á su gusto; y si esto es así, no veo razón para que no lo nombre yo al mío, y cualquier ciudadano al suyo.

Sólo que el nombrado por mí, tendría tal criterio; el nombrado por usted cual otro; el P. Corchón, uno distinto de ambos; y cada cual el suyo y la censura resultaría, como fué siempre, mientras la hubo, resultado absurdo de una apreciación individual caprichosa.

No era reaccionario del todo el malogrado *Narciso Serra*, y sin embargo halló inmoral un drama titulado *«El cercado ajeno»* porque su autor, presentaba en él un hogar, ¿cómo diré yo? ilícitamente constituido. El drama, en opinión de cuantos lo conocían, era hermoso y, para entonces, muy atrevido. Pues el autor se vió obligado á *modificar sus conclusiones*, y con el mismo asunto modificado, escribió otro drama, al cual tituló *«Honrar padre y madre»*, menos atrevido, *más moral*, á juicio del censor; pero menos hermoso que el primitivo.

Y eso era entonces, eso sería ahora, eso será siempre la censura de teatros.

Con perdón ó sin perdón de Blasco y de su auxiliar *per accidens* el Sr. Rodrigo.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

## Marinera.

¡Qué triste era tu cartal ¿Me has olvidado?  
¿Por qué dices que quieres morir? ¿Qué pena!  
Mira, no pienses eso, ven á mi lado,  
y en la playa tendidos sobre la arena,  
cuando del sol se apaguen los resplandores,  
viendo cómo se agitan las bravas olas  
y recordando juntos nuestros amores,  
te cantaré, bien mío, las barcarolas  
que cantan en el puerto los pescadores.

Me dices que la ausencia te causa espanto,  
que la muerte prefieres á ese tormento,  
y que sin duda alguna de llorar tanto,  
á veces basta el leve roce del viento  
para hacer que á tus ojos se asome el llanto.

Dices que la nostalgia tanto te aqueja,  
que has dejado en olvido todas tus flores,

y que cuelgan marchitas entre tu reja,  
como secas guirnaldas de tus amores.  
Dices que te entristeces todos los días,  
porque cuando despiertas por la mañana,  
no ves los pajarillos que antes veías  
cantando sobre el marco de tu ventana.

Yo, cuando por la noche sale la luna,  
con la vista lo inmenso del mar ábarco  
y veo muchas aves, pero ninguna,  
viene á dormir, como antes, sobre mi barco.

Le dejo que navegue por donde quiera,  
y á merced de las aguas y siempre á solas,  
se parece mi barco de esta manera,  
á un cadáver que flota sobre las olas.

Hasta que los albores del nuevo día,

á dibujar empiezan por lontananza  
y otra vez á la costa mi afán le envía,  
dejando por estelas conforme avanza,  
en las olas mi triste melancolía,  
y en la espuma pedazos de mi esperanza.

Y viendo nuestra suerte, desconsolado  
mi corazón, se oprime lleno de pena,  
y con el pensamiento puesto á tu lado,  
en la playa, tendido sobre la arena,  
mientras el sol apaga sus resplandores  
ocultando sus rayos entre las olas,  
con tristeza recuerdo nuestros amores...  
y á lo lejos resuenan las barcarolas,  
que cantan en el puerto los pescadores.

JULIO DE HOYOS

## Vida estéril.

Voluntario del arte, Salces llegó á Madrid ansiando lucha. «Que triunfes» fué la despedida de su padre, veterano de los ocho años. Y su madre, más débil y más pacífica, «¡que vuelvas pronto!», le dijo con trémulas palabras, que al pasar por sus labios se juntaron con las lágrimas que lloraban sus ojos.

Vino á conquistar la gloria literaria, norte de su vida, aspiración única de su alma sensible. No ignoraba que el triunfo era difícil; que el combate sería largo, enconado, traidor; que sólo á fuerza de trabajar constantemente, implacablemente, se acallan las murmuraciones de los envidiosos y se llega, rompiendo el muro humano de las medianías, al punto donde reposan los grandes, los triunfadores, acorazados con cien volúmenes. Sabía al llegar todo esto y no vacilaba, sin embargo. No se vacila ante nada cuando se tienen veinte años, muchas ideas en la cabeza y un corazón impetuoso pletórico de ilusiones vírgenes de desencantos.

Sorprendióle grandemente lo poco que en la Corte se habla de literatura. Apenas si se ocupan *los del oficio*. Y vale más que no se ocupen. Salces recordaba con espanto la vez primera que se encontró en una tertulia literaria de jóvenes *geniales*. ¡Qué de maldecir y calumniar!... Cada palabra era un pegote de barro arrojado á la cara de un genio. Ni uno solo salió ileso de sus lenguas pecadoras. Al que no se le declaraba tonto de solemnidad, fué condenado por plagiarlo. Algunas eminencias salvaron sus obras de tan recias censuras, pero ¿y su vida íntima?... Y aquello era más grave. Ya no eran tomos de versos ni novelas los que caían maltrechos; eran honras, honores, dignidades, algo más respetable y más sagrado. Salces experimentó idéntica sensación que si le abrieran el cráneo y derrumbaran los fantásticos pedestales que él construyera á sus ídolos. Aquel huracán de maledicencia amenazaba arrasar todas sus admiraciones, tan ferrosamente alimentadas en el tranquilo rincón del mundo que fué su cuna. Y lo que más hubo de extrañarle en aquellos hombres, inteligentes algunos, fué su unanimidad en censurar una misma cosa y un mismo autor; no era preciso razonar las atrevidas afirmaciones, estaban conformes todos. Parecían haberse de antemano puesto de acuerdo para no dudar de la veracidad de ningún dicho.

Salces hubiera querido protestar de ataques tan irrespetuosos y canallescios, pero no se atrevió. De ahí á atacar también no había más que un paso. Salces lo dió algún tiempo después. Acostumbróse á oír las calumnias de tales anarquistas de la literatura y terminó por ser uno de tantos. Terminó calumniando.

De aquellos sus nobilísimos propósitos de trabajo y de lucha no quedaba ni el recuerdo á los seis meses de su estancia en Madrid. Madrid es un dominio de la pereza. Salces no supo negarse á la invitación á la inactividad que se le hacía en todas partes. «No trabajes, no pienses, no crees; maldice y serás respetado», le decían sus mal-

dicientes amigos. «No trabajes, no malgastes tus energías en una labor que, como ves, te creará odios: ama y serás dichoso», decíanle las mujeres. Y las palabras «no trabajes» las oía por doquiera. Estaban en la atmósfera; las respiraba...

Y Salces abandonó el trabajo, y amó. Pero no con ese amor fuerte que vigoriza y engrandece. Amor enfermizo fué el suyo, más nacido en la cabeza que en el corazón. Amor de café-concierto, sin arrebatos de macho y con depravaciones de impotente, que aniquilan la vida y quebrantan el sentido moral.

El ambiente vicioso en que vivía fué mortal para su inteligencia y su salud. Sus ideas, al verse abandonadas y en incógnito forzoso, murieron, y aquel su organismo resistente de lugareño, comenzó á debilitarse en la indolencia. Sus mejillas perdieron el saludable color que ostentaron antes, su mirada perdió energía, vigor sus pulmones. Hasta llegó á perder el estómago con las cenas de última hora y las comidas exóticas. A saberse esto en su pueblo, hubiera producido inacabable extrañeza.

Cada día necesitaba Salces más dinero para vivir, y sus pobres padres, creyendo á cierra ojos las mentiras que les escribía, llegaban al sacrificio de sus necesidades para enviárselo, pidiendo de paso á Dios que velase por aquel hijo tan listo y trabajador que había de aliviarles en su vejez.

Y mientras los dos ancianos rezaban por su felicidad, él, lleno de bilis, persistía en aquella senda del extravío humano que le llevaba al sepulcro ó á la idiotez.

Llegó el instante en que sus padres, destrozándose el corazón, tuvieron que comunicarle que no podían enviar más dinero. Entre vivir trabajando aquí y la holganza allá, Salces prefirió lo segundo. Y á su pueblo marchó, llevándose como recuerdo de Madrid, en donde tanto dejaba, un principio de tisis, que le mató doce meses más tarde. Y al verle llegar sus padres, tras cuatro años de ausencia, enfermo y avejentado, hicieron el esfuerzo supremo para rodearle de cuidados y de mimos...

Y Salces, una noche que sorprendió llorando á su madre, comprendió los errores de su vida pasada, las pesadumbres causadas por su torpeza, y en un momento de exaltación y de virtud, sintióse fuerte, quiso luchar otra vez seguro del triunfo. Sí, era cosa de nada; conquistaría gloria y fortuna para aquellos viejecitos, que había hecho desgraciados.

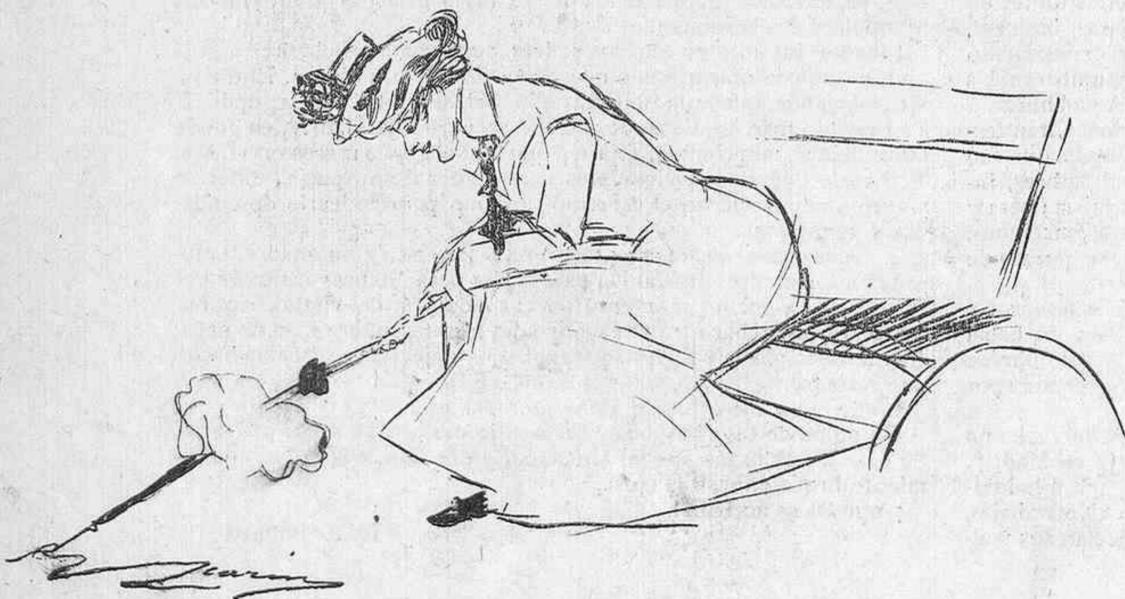
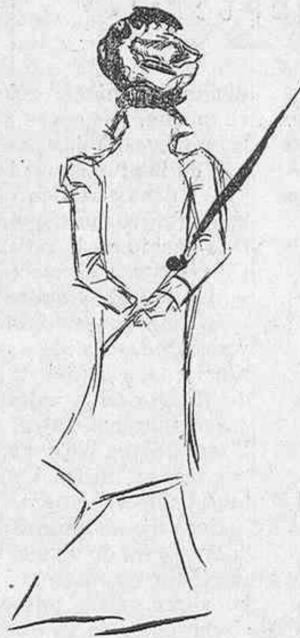
Lo de antes fué criminal, pero ahora, ahora...

Un golpe de tos vino á revelar la imposibilidad de su proyecto. Se dió cuenta exacta de su situación, y dos lágrimas de arrepentimiento brotaron de sus ojos...

¡Aquello se acababa!...

JULIO POVEDA

EL MANEJO DE LA SOMBRILLA, observaciones por MARÍN



LO QUE NOS GUSTA, por DONAZ



Á LOS 15 AÑOS

A NOSOTROS

Á LOS 50

y algo sí que sacaba que la suerte, no la tuvo tan negra, pero á la vez perdía poco á poco el dinero, el color y la paciencia.

Y fuese porque el vino que llevara se le empezó á subir á la cabeza, ó por rabia, ó por dárselas de guapo, el caso es que el barbián soltó la lengua, y plantándose en firme y escupiéndole con aires de matón por una mella, soltó por la boca un sin fin de insolencias.

Que aquello era robar, sencillamente, y estaba la trampa descubierta; y, además, que de pronto se le había puesto entre ceja y ceja desollar un conejo con lacitos con la misma navaja de la rueda, y que, en fin, que era un hombre acostumbrado á llevar adelante sus ideas por encima de todos los granujas y de toda su ilustre parentela...

Yo no sé, no recuerdo á punto fijo, qué más escupiría por la mella, sólo puedo decir exactamente que cómo se pondría el sinvergüenza cuando al fin se llevó en mitad del pecho clavada, la navaja alcazareña.

ANTONIO MONTALBÁN.

El de la rueda.

Me ganaba la vida honradamente, lo cual va siendo raro en esta tierra, allá por el Portillo, la Ronda y las Peñuelas. Y aún allí seguiría sacándole al negocio dos pesetas, si me hubiese corrido en vez de sangre limonada ú horchata por las venas. Pues, no señor; lo demostré y bien claro, y estaba por decir que no me pesa.

Ello fué que aquel día, como día de fiesta, se juntó mucha gente á probar su fortuna con mi rueda. Y dale que le das al giratorio, éste sacaba el puro ó la peineta, aquél el canutero ó las estampas, y un barbián majetón anduvo cerca dos veces del conejo con lacitos y una de la navaja alcazareña. Y empeñado en llevarse las dos cosas iba dejando perras y más perras,



Á LOS 15 AÑOS

A ELLAS

Á LOS 50

EL PERRITO DE LANAS, historieta por KARIKATO



- 1 -

-Conque ¿lo último cinco duros?  
-Sí, señor; y se lleva V. una alhaja.

- 2 -

-¡Y poquito contenta que se va á poner Bonifacia en cuanto lo vea!

- 3 -

-¡Mira lo que te traigo aquí! Carillo me ha costado, pero es una alhaja.

## Quisicósas.



— Ven á mis brazos, monin! Mira, Me -  
nio, qué zalamero es...

— 4 —

Ayer falleció la esposa  
del eminente Fulano.  
Fué en vida tan virtuosa,  
que nunca cesó su mano  
de amparar al desvalido,  
en conventos y hospitales,  
que para siempre han perdido  
el socorro de sus males.  
¿En qué Asilo no tendrán  
su recuerdo de mil modos?  
¡Nunca olvidarla podrán!  
¡Y la Inclusa sobre todos!

\*\*\*

¿De qué vino quiere usted?  
preguntaban á un borracho,  
y contestó: del peor,  
porque es para gomitarlo.

EMILIO ORDÓÑEZ



— Pero ¿qué es esto?... ¡Té han dado un  
perro de lanas falso!

— 5 —

## Descubrimiento de un gran escritor.

El Sr. de Campos es un escritor español que ha llegado al pináculo de la gloria en la vecina República francesa, según él nos cuenta, y demuestra con la conveniente documentación, en un libro que acaba de publicar ahora, traducido, claro está, del francés al castellano.

El Sr. de Campos no ha escrito nada en castellano; su peñola, aunque es de origen español, no ha producido sino en el idioma de Victor Hugo.

Sus méritos son tantos, que ni enumerarse pueden en MADRID CÓMICO, pues llenarían toda la colección de un año.

Sus obras pasan de doscientas; quizá no sean tantas, pero á mí, las obras del Sr. de Campos se me multiplican cuando las veo, porque cada obra de este caballero de la Real Orden de Santa Catalina del Monte Sinai vale por ciento, mal contadas, de las de sus detractores.

¿Los detractores del Sr. de Campos?

¡Casi ninguno!

¡Todos sus colegas españoles!

¿Por qué?

Porque somos así; vemos el mérito propio, así sea menudito como un grano de mostaza, y no vemos el ajeno, así sea más grande que el monasterio del Escorial.

Razón tiene el Sr. de Campos cuando al terminar el prólogo de *Ella*, que es el libro á que aludo, pregunta:

«¿No es triste que me suceda en mi propio país lo que nunca me ha sucedido en el extranjero?

¿No es bajo y mezquino que mis compatriotas y compañeros, en vez de auxiliarme tendiéndome una mano fraternal, por haber colocado en alto puesto en el extranjero el talento, el honor y la hidalguía nacional, sean, por el contrario, mis más escondidos é hipócritas enemigos, y traten de ejecutarme por el solo hecho de haber realizado lo que debe realzarse y lo que ellos no son capaces de hacer?

¿No es lamentable y no es para desesperarse, desilusionarse y dudar hasta de lo más puro, que el que en tan voluminoso bagaje ha dado tantas pruebas de capacidad, se vea criticado y sometido á la voluntad, juicio y capricho de quien es incapaz de juzgarle?»

Es triste y es lamentable—respondo yo—es criminal y digno de castigo—sostengo yo—es censurable—digo—y habla muy en contra—añado—de nuestro espíritu patriótico; es, en fin, vituperable la conducta de quien no afirme, como en Francia se afirma, que el Sr. de Campos es un escritor de rango intermedio entre Victor Hugo, por lo que toca al idioma, y Walter Scott por lo que á la imaginación atañe.

Es triste y es lamentable, sí, y «es para hacer dudar hasta de lo más puro» al Sr. de Campos con todo «su voluminoso bagaje».

\*\*\*

«Hay quien,—palabras de Campos—sea por envidia, por perfidia ó por incalificable índole, se permite dudar de mis capacidades literarias...»

Es cierto, hay quien duda.

Bien hace por tanto el Sr. Campos «ya que le pinchan en saltar». Bien hace en publicar su hoja de servicios y la lista de las recompensas que ha obtenido. De méritos y recompensas haré á continuación un ligero resumen.

El Sr. de Campos se fué á Francia hace ya años; un buen día, sin saber cómo, escribió un folleto. «La prensa entera,—con ocasión del folleto dice—sin conocerme y sin saber si antes yo existía, elogió altamente en sus columnas mi obra, y me animó» La prensa y otros le dijeron: «*Anda*, y yo, obediente, anduve».

«En menos de diez años—dice el Sr. de Campos—sin que ninguno me costase un céntimo (pues los editores se encargaban de todo gasto), publicó más de treinta trabajos de fondo, di más de veinte actos de obras

serias al teatro, y en la lista que en este libro se anuncia se ve las que en veinte años he escrito; todas puedo probarlo, con gran éxito, excepto una zarzuela en un acto, y eso fué en *Madrid*».

En Madrid, es cierto y aunque sea vergonzoso declararlo, al señor de Campos le silbaron «por unanimidad» una zarzuela que, si mal no recuerdo, se titulaba *El Furriel de la 3.<sup>a</sup>*

Mas ¿qué puede esto importarle al Sr. de Campos, si Mr. A. de la Serne, ¡Mr. de la Sernel hablando de nuestro autor dijo? «Hay quien habla por no estar callado. Lo que de Campos escribe, lo escribe muy bien. Sabe hacer reír y llorar á la vez. Ese es el verdadero talento, ó yo no entiendo una jota.»

También es un consuelo para lo de la silba unánime, el siguiente párrafo— como todos los citados traducidos por el Sr. de Campos— que publicó *La Estafette* de París:

«En la primera obra que con legítimo éxito publicó el Sr. de Campos, veíamos que Walter Scott acaba de resucitar.

Hoy, el Sr. de Campos, en quien vemos un no menos célebre autor de porvenir, en su nueva producción nos hace ver en él un nuevo Eugenio Sué, etc., etc.»

Walter Scott y Eugenio Sué han resucitado en el Sr. de Campos. ¡Véase qué amplitud de facultades un nuestro menospreciado compatriota! ¡Véase qué facilidad la suya para pulsar las más distintas teclas!

\*\*\*

¿Que cuales son los premios que el Sr. de Campos ha obtenido fuera de la patria ingrata? Citaré algunos de los 43 con que sus méritos han sido recompensados, para que toda la España que lee MADRID CÓMICO lo sepa.

Fué nombrado: En 1883 Miembro del Jurado del concurso literario de la Exposición de la República de San Marino, del que fué Presidente el gran poeta Victor Hugo. El 85, Caballero de la Real orden Melusina, de Armenia. El 91, Caballero de la Real orden de Santa Catalina del Monte Sinai. El 92, Oficial con cruz de honor, de la Confederación Asiática del Eldir de Baroda (India), etc., etc.

Es también el Sr. de Campos miembro de la Academia Dantesca, individuo de la Sociedad protectora de animales y pertenece, á título honorífico, á otro gran número de centros literarios.

Nota. «Bilis Club» no le nombró su presidente honorario por intrigas de algunos de sus socios, según ha llegado á mis oídos.

Otro gran enemigo que encontró al paso el Sr. de Campos en tierra de España, fué cierto editor que publicó hace tiempo una de sus obritas. El caso merece referirse... pero no lo referiré.

Con enemigos y sin ellos de Campos triunfará.

TOMÁS CARRETERO

— \* \* \* —

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

L. V. y P.—*Madrid*.—No, señor; no puedo publicarla.  
LAMINADOR II.—*Sevilla*.

*Reina aquí la anarquía,  
y considero yo  
que cada cual debe vivir solo,  
sin ocuparse de la reacción.*

Queda usted complacido.

S. S.—*Madrid*.—Poca gracia, poca gracia, poca gracia.

A. M. P.—*Valadolid*.—Como los originales rechazados se destruyen, no puedo complacerle.

A. B. C.—No merecen la pena de ser dados á la voracidad pública. Y no están mal hechos.

X.—*Oviedo*.—De forma no están del todo mal. En el fondo no se ve nada. Cuando se escribe, ya en verso, ya en prosa, se debe procurar decir algo. Hacer renglones cortos que asonanten, *por que sí*, es de una candidez paradisiaca.

MALEK ADEL.—El cuento es viejo y la forma fatigosa... Juro, juro, Malek, no publicarle estos versos.

P. B.—Madrid.—De esos Retazos, uno ó dos se podrían aprovechar. ¡Pero es tan poco eso!

DESPUÉS DE UNA MARCHA forzada, de un dó de pecho, de un largo discurso, nada descansa las fauces, nada refresca la boca, como el *Licor del Polo*. Por esto los ciclistas cantantes y oradores son tan entusiastas del dentífrico nacional, por ser el más higiénico de los dentífricos.

BEPPU.—Ese cuento viejo se ha contado con mucha mayor brevedad. ¿No lo recuerda usted?

—¿Qué haces?—preguntó Beltrán al sargento Juan Retaco.  
—Nada, señor —¿Y tú, Paco?  
—Yo estoy ayudando á Juan.

COQUELÍN.—León.—Eso es, sencillamente, una majadería... ¿Usted creía que era un soneto? Pues ahí verá lo equivocado que estaba.

M. G. R.—Artículos, no.

V. P. R.—Santander.—Vea usted lo que digo á M. G. R. y aplíquese el cuento.

J. de P. y P.—Madrid.—Sin saliente de ninguna clase.

VOILÁ.—Añadiré algunas á las ya admitidas.

R. L.—Madrid.—Repito lo que dije antes á J. de P. y P. Su *romancillo* encajaría bien en una revista de modas ó en un semanario inocente del año 50.

FEDERICO.—Madrid.—No recuerdo el soneto á que hace referencia. Tal vez no le haya recibido.

SE PONE DOMICILIO á cualquier estación férrea Agua Colonia Orive, enviando Bilbao 8,50 pesetas, 2 litros, ó 16 pesetas, por 4 litros.

APOLO.—Córdoba.—No puedo complacerle, por las razones expuestas á A. M. P. de Valladolid. En el Museo Epigramático *constan ya* algunos de sus epigramas. Por lo menos el de la pieza.

ROLANDO.—Es usted más pesado que el arropo. Ya le he dicho que *carnaval y original* son demasiado consonantes. En un romance no pueden

entrar al final de dos versos consecutivos. Pregúnteselo á Catalina ó á Grilo, que saben mucho de estas cosas. ¡Cuidado con el tío, qué peso es!

E. G.—Madrid.—Usted dibujará si se aplica, porque le veo condiciones.

V. H.—Sevilla.—Aunque usted crea lo contrario, la ortografía es una cosa muy necesaria para escribir bien. Pone usted las haches casi siempre fuera de su sitio, como en *halaja* y *alhagado*, fíjese usted.

A. P. V.—San Fernando.—Bueno, todo eso son *bocas de la Isla*, ¡so guasón!

F. L.—Madrid.—¡Hombre, eso de saludar á Madrid, ya lo hizo Blasco cuando regresó del extranjero!

EL CARTERO.—Coria.—En vez de hacer versos tan malos, cúdese de repartir bien la correspondencia á esos vecinos, que no tienen ellos la culpa de que usted dèlire.

S. A.—Avila.—A poco que usted se fije comprenderá que una oda á Santa Teresa, *no encaja* bien en MADRID CÓMICO.

J. R.—Huelva.—Digo á usted lo mismo que á F. del P. y P., de Madrid. OCTAVIO.—Burgos.—Una composición de 318 versos, como tiene la que usted me manda, ni la leo, ni la publico, aunque la firmara el propio Dante.

V. DE L.—Oviedo.—No está mal hecha la caricatura, pero vea usted el número 39 y allí la encontrará publicada.

CALIXTO.—Bilbao.—Tiene muchas incorrecciones, y es lástima, porque el asunto es bonito.

A. F. DE C.—Almería.—Lo de usted, en cambio, está bien versificado, pero el asunto, amigo mío, es del año 40. Recordará usted que

*Espartero le dijo á la reina*

Y como ya lo dijo Espartero, ¿para qué vamos á repetirlo?

R. V.—Madrid.—Ya lo creo que Ortega Munilla entra en la Academia por derecho propio; pero eso no le autoriza á usted para dispararle un soneto tan malo y con ¡quince versos!

MADRID: 1901.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4

MADRID

Tres meses, 3,50 ptas.—Seis id., 4,50.—Año, 8.

PROVINCIAS

—; Semestre, 5 ptas.—Año, 9. ;—

Anuncios españoles: Ptas. 0,25 línea de 45 mjm



UNION POSTAL

—; Un año, 15 pesetas. ;—

VENTA

Número corriente, 0,15; atrasado, 0,25

Anuncios extranjs.: Ptas. 0,35 línea de 45 mjm

ELÍXIR GAL PARA LOS DIENTES 1,50



EL MIRÓGRAFO  
CINEMATÓGRAFO  
DE AFICIONADO

Toma vistas y las proyecta.  
PREMIADO EN LA EXPOSICIÓN EN 1900

UNICO DEPOSITARIO  
M. PARDO.-ESPOZ Y MINA, 6

BIBLIOTECA MODERNA ILUSTRADA

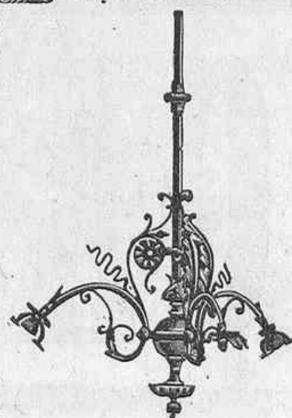
Obras publicadas por esta Biblioteca á 50 cénts. volumen.

- I.—A. Palacio Valdés.—*Sedución.*
- II.—Jacinto Benavente.—*Noches de verano.*
- III.—Juan Valera.—*Asclepigenia.*
- IV.—Salvador Rueda.—*Piedras preciosas.*
- V.—Benito Pérez Galdós.—*La novela en el tranvía.*
- VI.—Jacinto O. Picón.—*La Vistosa.*
- VII.—Hermanos Quintero.—*Frustrerías.*

Se remite á provincias, franco de portes, enviando los pedidos, acompañados de su importe, al administrador de MADRID CÓMICO. Si se quiere recibir certificado auméntese al pedido 25 céntimos.

AGUA DE COLONIA GAL 1,50

SERVICIOS  
FÚNEBRES  
*La Soledad*  
DESENGAÑO - 10.  
TELÉFONO  
205



BERNABÉ MAYOR

3, ESPARTEROS, 3

MADRID

Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.  
Ferretería, metales, utensilios de cocina.

LUZ ELÉCTRICA

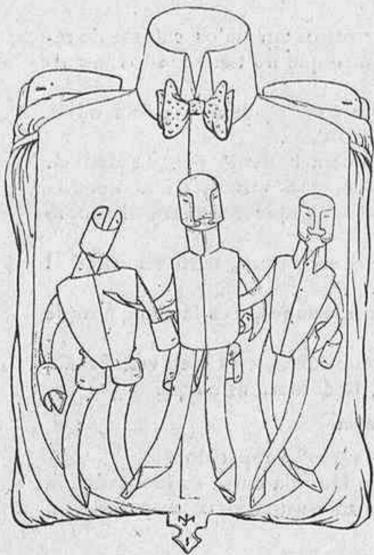
Catálogos ilustrados gratis.

ENFERMOS  
DEL ESTÓMAGO  
É INTESTINOS

PERLA ESTOMACAL

DE FERNANDEZ MORENO  
Caja, 10 reales.  
Sacramento, 2, Madrid.

Individuos que llevaban padeciendo más de 20 años y que habían usado 20, 25 y hasta 30 ejemplares de varios preparados estomacales, con los que no obtuvieron más que un pequeño alivio á las primeras tomas, debido al **calmante** que dichos medicamentos contienen, han curado radicalmente las acedias, dispepsias, gastralgias, catarros y úlceras del estómago é intestinos, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones, con **dos cajas PERLA ESTOMACAL**. Convalece y fortifica, extingue mareos, ruidos, dolores de cabeza y estómago, la tos hemática de las madrugadas y la asfixia de las flemas. **Por un real más se remite á todos puntos.** Madrid. SACRAMENTO, 2, farmacia, y de venta en las de Arenal, 2; Trafalgar, 29, y Centros de especialidades. En Barcelona, Dr. Andreu; Cartagena, San Miguel, 10; Toledo, Cadenas, 1; Zaragoza, Ríos; Cádiz, Matuto; Talavera, Niveiro; Tudela, Romadia; Salamanca, Villar



ESO ES TODO

No hay hombre que no me hable,  
ni mujer que no me mire,  
y es porque todos me ven  
con camisas de **MARTINEZ**.  
2, San Sebastián 2,

USE USTED



**ECHEANDIA**  
2, Arenal, 2.



Pidase en todas partes tan confortable y deliciosa bebida.

**CABALLETE** nuevo de pintor, se vende barato.—Hermosilla, 29, bajo izquierda.

MAQUINAS USADAS

ALHAJAS

ropas, muebles, pianos, papeletas del Monte y toda clase de efectos, doy más dinero que nadie, interés del 2 al 4 por 100. Calle de **ARLABÁN**, 4, ENTRE-SUELO.



CORSÉS

Ultimos modelos de París y novedades para los corsés á medida, desde los más económicos á los de más alto precio.

**REGÚLEZ**

9, BORDADORES, 9



**SINGER**, para coser.

Se compran, venden y dan á plazos.—Se componen todos los sistemas; Se garantizan por el mecánico **CEREZO**.

**ZARAGOZA, 9**

*Bazar de Camas de la Latina*

1, PLAZA DE LA CEBADA, 1

Fábrica: CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 29

Camas.—Colchones de muelles.

Colchones de varios sistemas.

Nadie puede competir en precios con el Almacén

1, PLAZA DE LA CEBADA, 1

TALLER DE  
FOTOGRAFADOS

DE  
**PABLO SANTAMARÍA**

Clavel, 1, Madrid.

ESPECIALIDAD EN CLICHÉS COMBINADOS  
PARA TIRADAS EN BICOLOR, TRICOLOR  
Y CUATRICOLOR

PÍDASE CATÁLOGO ILUSTRADO

**GAL**

Petróleo para el pelo

3 y 5 pesetas.

Elíxir para los dientes

1.50

Agua de Colonia

1.50

**MATÍAS LÓPEZ.**—Chocolates, Cafés, Dulces.—Oficinas: Palma Alta, 8.—Depósito: Montera, 25.